

SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Incendio de la Alcaicería de Granada, en la madrugada del día 20 de Julio de 1845, visto desde la puerta principal del Sagrario.

Llábase en Granada la *Alcaicería*, á un recinto ocupado por diferentes casas de mezquina construcción, y de un solo cuerpo en lo general, divididas por calles sumamente estrechas é irregulares á estilo árabe. Según los historiadores, su nombre quiere decir casa del César, y se reputa como un establecimiento de la mas remota antigüedad, pues se le dá por fundador á Julio César, quien se dice estancó en él el beneficio de la seda, dando privilegio esclusivo para su laboreo y venta á los Arabes Hamitas: durante la dominación de los Sarracenos, estuvo este sitio destinado esclusivamente para el mismo tráfico de la seda; y desde la conquista, verificada en 1492, siguieron los moriscos en el mismo comercio hasta que fueron espulsados: mucho despues ha continuado siempre ocupado por comerciantes de seda y en

AÑO VIII— 20 DE AGOSTO DE 1843.

el día habia en él algunas otras tiendas de lencería. Antiguamente tenia diez puertas, pero en los últimos tiempos habian quedado reducidas á cuatro principales y dos postigos.

La *Alcaicería* es una jurisdicción cerrada, sujeta á un alcaide dependiente del gobernador de la fortaleza de la Alhambra, y su custodia está confiada esclusivamente á guardas nombrados por dicho alcaide.

Tranquillos reposaban los habitantes de la hermosa Granada, cuando á las tres de la madrugada del aciago día 20 de Julio de 1843, el repetido clamoreo de las campanas, les anunció la aparición de un incendio. Dió la primera señal de alarma el centinela del principal, establecido en la plaza de la Constitución, que vió con sorpresa elevarse desde el centro de la *Alcaicería* una

densa columna de humo, reemplazada muy luego por las mas voraces llamas. Al llamamiento de las campanas se unieron los toques de cajas y cornetas, y á sus alarmantes ecos corrieron inmediatamente al peligro las autoridades todas, los zapadores bomberos, los nacionales de todas armas, y la tropa del ejército, seguidos de un numeroso pueblo atraído por la novedad y por el deseo de contribuir á atajar el daño.

Abiertas las puertas del punto acometido, se presentó á la vista el espantoso y lamentable cuadro de cincuenta y dos edificios entregados á la vez á un fuego devorador. La intensidad del incendio hacia desesperar de la salvacion de las grandes riquezas contenidas en aquel recinto. Los almacenes de la mas preciosa sedería, las tiendas llenas de mercaderías de alto precio y del mas elegante gusto, el patrimonio en fin de mas de cien familias, todo era presa de las llamas que orgullosas se elevaban serpenteando hasta perderse en la atmósfera.

Sin embargo, impávidos los trabajadores, auxiliados por la Milicia Nacional y una infinidad de ciudadanos que deseaban tomar parte en una accion tan generosa, se lanzaban á salvar los cuantiosos y ricos efectos que veian consumirse rápidamente. Pero sus esfuerzos se hacian inútiles, pues aumentado el fuego en alto grado ya no fue posible sofocarlo. Entonces de una manera maravillosa se vieron cubiertas de ropas y muebles, la plaza de la Constitucion y calles limítrofes al sitio incendiado; precaucion apreciable tomada en el momento para salvar los bienes de los habitantes de los demas edificios, á quienes amenazaba el peligro. Las avenidas fueron tomadas por la caballería de la Milicia Nacional y tropa del ejército, evitando con el mayor celo el estravio de los efectos depositados. La plaza presentaba el aspecto marcial de un campamento, y mil personas llenas de ansiedad y congoja, corrían despavoridas y sin saber donde, lamentando tan funesta catástrofe; veíase allí con dolor al padre de familias, casi exánime, derramando copiosas lágrimas sobre los miserables restos de los unicos bienes con que contaba para el auxilio de su dilatada familia: á la tierna esposa corriendo llena de espanto tras de su consorte, queriendo arrebatarle de las llamas á que se arrojaba con la efímera esperanza de salvar aquello en que pocos momentos antes fundaba su ventura: al hijo que macilento al lado de su anciano padre, le consolaba por la pérdida de su fortuna. En medio de escenas de tan triste interés, consolaba en parte de tanta desventura el ver el celo, valor y filantropía con que las autoridades acudían á todas partes y se mezclaban entre los trabajadores. Por último, la constancia y extraordinario arrojo de cuantos maniobraban, logró cortar el terrible incendio á las doce de la mañana, salvándose las casas contiguas, y concretándose la ruina á las que desde un principio se mostraron acometidas de un fuego inextinguible por su extraordinario incremento.

Cincuenta y dos establecimientos de diferentes clases y cuanto en ellos se encerraba, han quedado totalmente consumidos por las llamas, y puede asegurarse que mas de 150 familias honradas se ven reducidas á la

miseria por tan funesto acontecimiento. Muchas casas de comercio han desaparecido con todas sus existencias, libros y metálico; varias oficinas de escribanos de número han sido presa de las llamas, con todos sus protocolos y papeles, golpe que produce males y perjuicios incalculables; y bastará decir, para dar una idea de lo extraordinario de este acontecimiento, que quedó fundida la campana colocada en la capilla que ocupaba el centro de la *Alcaicería*, y convertido en carbon uno de los famosos perros alanos que por la noche eran centinelas vigilantes de aquel recinto.

Puede calcularse que asciende á varios millones de reales el valor de los géneros, efectos, documentos de giro y metálico consumidos por el fuego. En medio de tantos desastres ha habido la milagrosa suerte de no perecer persona alguna, siendo sin embargo de lamentar que diez y nueve beneméritos bomberos y nacionales hayan resultado heridos de alguna consideracion, y contusos varios particulares.

Hasta ahora, á pesar de las infinitas versiones que corren por el vulgo, no se han podido averiguar las verdaderas causas de tan funesto suceso.

Al hacer la narracion de tan lamentable catástrofe, no podemos menos de tributar los mayores elogios á cuantos con filantrópico denuedo corrieron al socorro de sus aflijidos conciudadanos, disputándose entre sí la gloria de hacer mayores sacrificios. De desear es que el gobierno atienda á unas familias desoladas que, sumidas en la desgracia, lloran la suerte fatal que les arrebató en un momento el fruto de su afan y de sus sudores.

Dedicado nuestro *Semanario* á publicar cuanto pueda contribuir á estender entre nosotros el conocimiento de los adelantos que se hagan en otros paises, nos proponemos dar en breve modelos y esplicaciones de los aparatos adoptados recientemente en París, para preservar á los operarios de los efectos del fuego, y salvar las personas de los peligros que las amenazan en los incendios.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

EL MARTES DE ESPIRITU SANTO DE 1697. EN SANTIAGO. (I)

II.

PROCESION Y ORACION PANEJIRICA

Toda movimiento el suelo
toda murmullos el aura.

ZORRILLA.—*El Rey en la procesion.*

Muchas y muy variadas eran las funciones sacro-profanas que habia en Santiago el martes de Espiritu Santo. El colejo de Fonseca, fiel depositario de la confianza de su fundador, no perdonaba medio alguno

(1) Véase el número anterior.

para cumplir dignamente con su voluntad y recordar su memoria con fausto y pompa. El Cabildo por su parte tambien rendia su tributo al digno prelado que le entregara tan floreciente *gymnasium*, y la *nobilissima* ciudad declaraba sus gratos sentimientos acompañando á la procesion, asistiendo al panejirico, y honrando con su presencia loa y certámen. Eran las diez de la mañana del martes de Espíritu Santo, y el pueblo ya acudía á la catedral guiado por el repique armónico de sus robustas campanas. Los chiquillos coronaban los postes de piedra del colegio donde ondulaban las gruesas cadenas, que por real recuerdo tenían á su puerta, y los nobles caballeros de la antigua Compostela cruzaban el Franco y se dirigian á la capilla para sentarse en los bancos de convite. Despues de esto apiñase la multitud para ver salir y entrar la procesion que rompian gaitas y tamboriles, y el rector consiliarios y colegiales la esperan en el pórtico, como lo determinaba el instrumento de fundacion celebrado en 1536 entre el colegio y el conde de Monforte. La procesion aparece lamiendo la fachada de aquel, y luego entra en la capilla en medio del repique de las campanas, y del murmullo de un pueblo numeroso y reverente. Dejemos por un rato escena tan palpitante como religiosa, y demos á nuestros lectores una idea de cómo estaba el claustro de Fonseca.

Este pertenecia, y aun pertenece, al gusto de crestería, cincelado con ancha conciencia, y un segundo corredor humilde y aplanado dábale un aspecto sobrado triste y eremítico. Todo él se hallaba cubierto por antiguas colgaduras que representaban metamorfosis mitológicas, y del tejado caian unos anchos toldos para que el sol no molestase, y para dar al claustro un tinte místico y sagrado. Enfrente de la puerta se levantaba una elegante plataforma, donde se admiraba á la vez el retrato de Fonseca bajo un costoso dosel, y en la que se entregarían los premios y se haría representacion de la loa. Comunicaba aquella con la escalera por una puerta secreta que habia de introducir en la misma á los actores de aquella gangariilla á lo profano, y al otro lado tenia una pintada escalinata, por la que subirian sin duda alguna los jueces del certámen. Para Trasvilla era el martes de Espíritu Santo el día mas terrible de la vida, porque no habia mas que evitar que una infinidad de manos profanas hiciesen algun jiron en las estimadas colgaduras, ó tirasen al suelo una de las columnas postizas de la plataforma. Tal era la situacion del portero del colegio y la perspectiva del claustro; cuando el repique de campanas y el bullir de la gente indicaban claramente que se acababa la funcion. Cierta era: afinanse las gaitas de repente, hay empellones y gritos y ahogos, y los pincernas de la catedral cruzan el pórtico precediendo al Cabildo, Ayuntamiento, que entonces se llamaba *la Ciudad*, y al rector y colegiales. Todos salen alabando lo elegante y fluido de la oracion pánegirica del licenciado D. Diego Jacinto de Moscoso, y dando gracias á tan piadoso fundador, que como dijo cierto libro churrigueresco, *hizo cinco estrellas racionales en cinco zonas de piedra*: cinco facul-

tades en cinco cátedras. La multitud que estuviera prensada en la iglesia, vuelve á desparramarse por la calle de Franco; y los colegiales despues de despedir la procesion, sin olvidarse de encargar al Cabildo y á la *ciudad* que honrasen con su presencia el certámen, suben al colegio con los convidados y sus Señoras entre cumplidas demostraciones y risueñas miradas. El pueblo vuelve á los claustros: Trasvilla maldice su suerte, y los chiquillos hacen con las espadañas que bordaban el suelo ásperas y repugnantes armonías. Todo es ahora confusion y algazara, voces, carcajadas, risas y galanteos: la franqueza en los semblantes, el sentimiento en los corazones, y la satisfacion en los colegiales, que así veian honrada la pobre morada de su fundador.

III.

LOA Y LECTURA DE POESIAS.

Festivas solemnidades

Que para este vuestro día,
Consagró Fonseca el grande
Dejándolas vinculadas
A sus hijos, á esta Madre
De sábios ilustre Atenas.

BALLO DE PORRAS.

Horas contadas, horas pesadas. Por eso todos se cansaban de esperar porque abriese Trasvilla las puertas del Colejio, en la tarde de Espíritu Santo, y muchas Señoras aguardaban por lo mismo para ocupar algun banco privilegiado. De esta suerte al sentirse el diente acerado de la llave en la cerradura, todos se agolparon fluyendo como un mar hácia la puerta, y no le iria gran cosa al portero del colejio si esperase por tan veloz aluvion. El claustro fue llenándose de gente y la galeria superior ocupóse, ya por una familia de antiguo Rejidor, ya por una comunidad respetable, ora por ancianos de cabellos blancos, ora por estudiantes de carrera superior. Pronto llegaron Cabildo y *ciudad* que fueron acompañados por los colegiales, y un profundo silencio se notó en la multitud tan inquieta como arrebatada. Infinidad de voladores rubricaron en el cielo tougras de humo y fuego, y los chiquillos hervian en el concurso por conquistar algun resto cálido de aquellos pájaros de caña. Las campanas repicaban.

Campanas y voladores cesan á la primer señal de Don Fabian de Pardiñas que presidia el certámen, y todas aquellas cabezas, de que estaban llenos ambos claustros, dirigen sus miradas á la puerta secreta de la plataforma. Pronto se distinguen en ella tres figuras vestidas á lo romano, de las cuales traia la primera un manto de armiño con una corona en la cabeza y un espejo en las manos: la segunda, como linda doncella de veinte abriles, hermoso tocado, con un libro en la diestra; y la tercera como vieja desencajada, su vestido de luto con una desmedida caperuza con dos orejas descomunales á los lados, como las alas del caduceo de Mercurio. Los coros que se cantaban detras de los *interlocutores* de la loa, llamaron la atencion, y adelantándose el primero de ellos, dice dirigiéndose á lo que hoy llamamos por desgracia público:

Todos venid al festejo
Con que hoy al amor se aplaude,
Todos con adoraciones
Hoy vengan á festejarle,
Ya que el amor es el Dios
De todas las voluntades.

A esto sale el postrero contestando:

Ninguno en este festejo

Es bien que se me aventaje,

y entre tanto que la *razon* y la *necesidad*, que eso representaban, se disputan cual de las dos es mas capaz de ensalzar el amor, llegando al punto de que la segunda dice:

¿Puede ser mayor prodigio,

Que haber visto enamorarse

Reyes y Reinas de brutos

Hasta de lo vegetal

Como de un plátano Xerxes?

sale la *sabiduría*, que era la doncella de veinte abriles, y de todos son aplaudidos los pensamientos que el poeta puso en boca de esta, y la erudicion con que cuidó de explicar la increada persona del Espíritu Santo. Por último, la *razon* habla de la solemnidad que consagró Fonseca á su memoria, y la loa se concluye de la manera siguiente:

RAZON. Y en finas correspondencias

Y afectos no desiguales,

Del silvo de su Pastor,

Del atractivo suave,

De vuestro amor conducido,

Para amaros y imitarle,

Concurre, asiste y venera

De este Cabildo lo grande,

Y para que misterioso

En su rebaño no falte

Duracion á su memoria

Víctima á vuestros altares.

SABIDURIA. Y de esta ilustre ciudad,

A quien un tiempo hijo y padre

Redimió los intereses,

Cautivó las voluntades;

Aceptad la concurrencia

No menos fina y amante,

Que el rayo de su patron

Inflamó toda en volcanes.

RAZON. Y de este noble colegio

En cuyo purpúreo traje,

Se propagan ó descifran

Sus encendidas piedadades,

Admitid la propia casa

En que festivo os aplaude

Esperando que en sus dichas

Le pagueis el hospedaje.

LAS DOS. Y para que este auditorio

Con mayor mérito os ame

Por vuestro amor le suplico

Del poeta no se enfade.

El auditorio no solo aplaudió al poeta el Señor Ballo de Porras, sino que con su aprobacion se des-

pidió de los personajes de una loa de tanto mérito, y cuya representacion fuera tan bien desempeñada. Una multitud de voladores vuelven á subir al cielo, y se renueva la griteria, cuando al empezar el Sr. Mosquera, Secretario del certámen, á leer los nombres de los premiados, todos dicen á la una, que se suspendan fuegos y chillidos. Los ingénios comparecen en la plataforma á leer sus poesias y á recibir el premio, y entonces es cuando se despiertan en todos ricos y lujosos sentimientos.

Mucho tiempo, á la verdad, se consumió en esto, de manera que al concluirse la lectura ya se encendian los faroles que estaban colocados de columna á columna. Escena fuera esta de gozo y entusiasmo para todos: de placer para mas de una hermosa que se gozaba en el triunfo de su amante, y de alegria para mas de una comunidad que veia en sus hermanos el génio poético, ó para un padre que á duras penas devoraba todas las alabanzas que á su lado hacian de los versos de su hijo imberbe ó barbado, que en esto no estan conformes los autores.

Era de ver muy luego, como se apiñaba en la sombra toda la jente que asistiera á la loa, rebotando por el Franco. El Cabildo y la ciudad se retiraban en medio de las demostraciones afectuosas del Colegio: varios voladores volaban á centellear en los aires, y una luz que apareció en la torre dió pronto á entender que volvian á repicar sus campanas.

Cierto: la voz cascada de las orugas de metal prendidas en aquel embrollado capullo de hierro, inundaban de alegria á los que se dirigian á sus casas, hablando de las variadas fiestas del día, y de allí á dos horas el Colegio estaba mudo, mudas las calles de la poblacion, y tambien mudas las campanas de la antigua casa del inmortal Fonseca.

Hé aqui en bosquejo el martes de Espíritu Santo en Santiago, en aquellos venturosos tiempos de paz, de religion y de poesia, época dichosa y nacional que han bastardeado las revoluciones y una mano de hierro levantada en el Sena para hacer trizas nuestras mas lisonjeras esperanzas, y nuestras mas santas creencias.

Marzo. 1843.

A. NEIRA.



BIOGRAFIA ESTRANGERA.



SAMUEL HAHNEMANN.

El fundador de la medicina homeopática, Samuel Hahnemann, ha muerto en París el 2 de Julio de este año, á los ochenta y ocho de edad. La doctrina medical que ha propagado y puesto en práctica durante mas de cincuenta años, ha tomado bastante importancia en estos últimos tiempos, para que no carezca de interes una noticia sobre el sistema y sobre su autor.

Samuel Hahnemann, nacido en 1755 en Meissen, pequeña ciudad de Sajonia, distinguido desde su infancia por su aptitud para el trabajo, estudió la medicina en Leipzig y Viena, y tomó el grado de doctor en la universidad de Erlangen. El objeto primero de sus principales trabajos fueron la química y la mineralogía, en cuyas ciencias supo adquirirse ya una reputacion. En efecto, aun pueden recordarse en el dia sus investigaciones sobre el envenenamiento por medio del arsénico, y las pruebas judiciales para comprobarlo, así como el modo de preparacion descubierto por él, del *mercurio soluble*, que ha conservado su nombre. Publicó tambien varias traducciones de obras inglesas, francesas é italianas, y muchos artículos en los periódicos científicos de Alemania.

Traduciendo, en 1790, la materia médica del inglés

Cullen, quedó tan poco satisfecho de las hipótesis con que se intentaba probar el poder febrífugo de la *quina*, que para ilustrarse resolvió hacer con aquel medicamento algunos experimentos en su misma persona. El resultado de ellos fue el origen de la doctrina homeopática.

Observó Hahnemann que la accion de la quina sobre el hombre produce la fiebre intermitente, contra la cual se emplea este remedio con el mejor éxito. Llevado por la analogía á hacer experimentos con otras sustancias medicinales, tardó poco en anunciar que las propiedades curativas de todos los medicamentos designados con el nombre de específicos, tenían la facultad de producir en el hombre sano males parecidos á aquellos para cuya curacion se acostumbraban emplear.

El hecho proclamado por Hahnemann, apoyando en una sola proposicion toda una teoría medical, distó mucho de ser admitido por todos los médicos; pero las críticas sobre él, aunque en su mayor parte desprovistas de gravedad y cortesía, hubieran parecido serias y moderadas, en comparacion de las que provocó el método de emplear los remedios homeopáticos, que aconsejaba Hahnemann.

Considerando que el primer efecto de un medicamento usado segun su doctrina, debía causar una agravacion pasagera de la enfermedad, creyó Hahnemann que debía usar de mucha precaucion en la cantidad de dosis que se administrasen. Pensó primero en mezclar las sustancias medicinales con una materia neutral, que aumentando el volumen, hiciese mas facil la division. Pero habiendo reconocido que la disminucion de la fuerza activa de los remedios no era proporcionada á la disminucion de la cantidad (lo que atribuyó á un aumento de energía, resultado del acto de machacar las sustancias secas, ó de menear las líquidas para verificar la mezcla de unas y otras), llegó por medio de sucesivas reducciones á las dosis verdaderamente infinitesimales que recetan en el dia los médicos homeopáticos.

Esta exiguidad de los remedios homeopáticos ha dado lugar á discusiones, en las cuales una de las partes invocaba en su favor el razonamiento y la ciencia, al paso que la otra pretendía apoyarse en los hechos.

Sin poder dar un parecer en esta cuestion, que no es de nuestra incumbencia, haremos notar únicamente que ha aumentado mucho el número de los discípulos de Hahnemann. En Alemania, el sabio Hufeland, adversario declarado de las pequeñas dosis de Hahnemann, recomendaba en su última obra el principio *similia similibus* (1) para la investigacion de los medicamentos específicos; en Francia una parte de los profesores de la Escuela de Medicina de Montpellier, se han declarado sin reserva por la doctrina homeopática; en España está hasta ahora poco generalizada, y en Madrid la practican algunos profesores con variado éxito; por último en toda Europa y en la America del Norte, gran número de médicos la practican esclusivamente.

(1) La medicina ordinaria tiene generalmente por divisa: *contraria contrariis sanantur*; la de la homeopática es: *similia similibus curantur*.

Sin admitir á ciegas cuanto cuentan maravilloso de ella los partidarios de la homœopática, pudiera uno tambien admirarse de que tantos hombres instruidos se hubiesen prendado de un sistema en que todo fuese error é ilusion. El tiempo y la esperiencia lo decidirán.

Hahnemann disfrutando una larga vida, libre de enfermedades, ha podido trabajar con perseverancia en el desenvolvimiento de su doctrina, y le ha proporcionado la ventaja de poder contemplar sus progresos.

Habiéndose casado en segundas nupcias, en 1835, á la edad de ochenta años, apartándose en esto de su sistema, con la Señorita de Hervilly, que no contaba mas que veinte y ocho, se decidió á ir á habitar el país de su esposa. Ocho años hacia que egencia la medicina en París, cuando la muerte, á la cual ha visto aproximarse con la tranquilidad que da siempre un juicio elevado unido á una grande piedad, sonó para el la hora del descanso.

NOVELAS.

EMILIA GIRON.

HISTORIA CONTEMPORANEA.

XV.

TRANQUILIDAD PERDIDA.

En un lujoso aposento de una casa situada en la calle de Murguía, hallábanse Emilia y Adela, ocupada la primera en bordar, y entretenida la segunda en tocar el piano, de cuyas teclas brotaban sonidos llenos de dulcísima armonía.

Formada ya enteramente la heredera de Buena-Estrella, sus facciones, que desde la infancia revelaron la reflexion y el talento, dejaban ahora ver todo el brillo de la hermosura, á la cual se unia el poderoso atractivo de un talento mejor cultivado, y de una educacion esmerada, que el tiempo y el estudio habian hecho perfecta. Vestida como Adela, adornada con idéntico peinado, y prendida del mismo modo, era tanto mayor la semejanza que reinaba entre las dos jóvenes, cuanto que la jardinera habia perdido el ligero y sombrío tinte que sobre su rostro arrojó el sol de los campos, apareciendo á la sazón sus mejillas con toda la blancura de las de Emilia, si bien un poco mas sonrosadas.

La voz de la heredera, siempre pura y armoniosa, habia adquirido considerable estension, no siendo entonces la voz infantil de una niña que empieza á modular ligeros y sencillos cantos, sino la voz sonora y penetrante de una joven, que habiendo hecho un estudio profundo de la música, podia brillar en los andantes de sentimiento, en los arranques impetuosos, y en los rasgos melancólicos y sublimes de las óperas mas difíciles que hoy se ponen en escena.

Despues de haber ejecutado unas variaciones erizadas de dificultades, pero henchidas de belleza, entonó la siguiente cancion, ligera y suave como los afectos que queria espresar, y llena del abandono y ternura que encerraba su alma.

¿Qué haces, niño, que ciego y desnudo
Por la selva te miro vagar,
Mientras brama violento y sañudo
Fiero bóreas, y el ábrego crudo
Va tu rostro divino á azotar?...
Mas ya veo que buscas abrigo
Contra el récio y airado huracan.
¡Cuán feliz he de ser si consigo
Arrullarte en mi seno, y contigo
Olvidar mi inquietud y mi afan!

Ven, ó niño, á mi seno amoroso;
Para ti dulce madre seré,
Y si el ábrego silva furioso,
Entonando cantar misterioso,
A tus ojos el sueño traeré.

Apenas acabó la última estrofa, entró en la sala el Conde de Buena-Estrella, en cuyos brazos se precipitó Emilia, estampando sus labios en la frente del que ya era brigadier. Habia desembarcado media hora antes procedente de Bilbao, y sin dar aviso de su llegada, dirigióse á la casa que ocupaban su hermana y su hija. Sin ver á la primera se encaminó desde luego al aposento de la segunda; pero advirtiéndole que se disponía á cantar, quedose en la puerta, contemplando con placer á Emilia, y escuchando embobado sus melodiosos acentos.

Adela se levantó saludando con profundo respeto al Conde, el cual no pudo menos de notar la semejanza que habia entre ella y su hija. Iba á preguntar á esta quién era, cuando le dijo Adela:

«Es natural, Sr. Conde, la curiosidad que veo gravada en el rostro de V. S., y voy á calmarla con cuatro palabras. Soy una pobre huérfana que vivia en Casa-Blanca, y á quien esta Señorita ha sacado de la oscuridad, haciéndola su amiga y compañera.

—Si, padre mio, saltó Emilia; es mi amiga y compañera, y espero que vd. la querrá como yo.

—Gracias, Señorita, dijo Adela; doy á vd. mil gracias por ese deseo, que procuraré satisfacer, haciéndome digna del aprecio de su señor padre de vd.

—¿Porqué no me hablas de tú, Adela? ¿no eres la misma que antes? ¿no quieres ya ser mi compañera?... ¡Ingrata!...

La jardinera estrechó en sus brazos á Emilia, y el Conde tendió su mano á la huérfana, que la besó respetuosamente, disponiéndose á salir; mas Buena-Estrella la detuvo, diciéndola con tono bondadoso:

«No, querida mia; eres amiga y compañera de mi hija, y esta no permitirá que la abandones cuando su padre viene, al cabo de algunos años de ausencia, á sondar su corazon y á ocuparse de su bienestar futuro.»

Adela se sentó junto al bastidor, y ocupando un si-

llon el Conde al lado de Emilia, la cogió de la mano, clavó sus ojos en los de su hija, y se espresó así:

« El día de tu nacimiento fue un día funestísimo para mí, porque al mismo tiempo que perdía una esposa querida, adquiría una hija, destinada apenas vió la luz á una amarga horfandad, y espuesta á recibir una educacion viciosa. La Providencia ha velado sobre ti, no habiéndose por fortuna realizado mis temores. Has recibido una educacion conveniente á tu clase, y hoy te encuentro bella como tu madre, con todas sus virtudes, y adornada con varios conocimientos; prendas que unidas á los bienes de fortuna que posees, te alcanzará un partido brillantísimo. Esta esperanza, á que he dado abrigo un día y otro día, pudiera al fin realizarse, porque varios amigos míos, aun sin conocerte, me han pedido para sus hijos tu mano, no sé si llevados del interés, ó prendados de las cualidades de que te suponen adornada, como descendiente de la casa de Buena-Estrella. A todos los he desairado, porque en ninguno de esos jóvenes que me proponían, he encontrado las dotes que debe tener el que haya de unirse en matrimonio á Emilia Giron....

— Ha hecho vd. muy bien, padre mío, interrumpió Emilia, lanzando á Adela una mirada de inteligencia.

— Me alegro, repuso el Conde, de que tus deseos estén acordes con mi conducta. Con todo, convenia pensar en tu suerte, y aun en medio de las batallas me he ocupado de ella, habiéndote destinado á un joven, cuyo padre me salvó la vida en la Albuera. Prepárate á recibirle; acógele con benevolencia, y muéstrate digna de llevar mi nombre. Yo estudiaré á ese joven á quien todavía no conozco, observaré sus costumbres, y si es como espero, señalaré el día en que hayas de darle tu mano.

— Pero, papá, preguntó Emilia, pálida como la azucena; ¿cómo me ha ofrecido vd. á un hombre que no conoce?... Y sin decirme nada...; Dios mío!... ¿qué vá á ser de mí?... Va vd. á hacerme desgraciada, á robarme mi tranquilidad y mi ventura »

Atribuyendo el Conde su turbacion al temor de que la uniera á uno que no fuese digno de ella, la dijo con cariño:

« Sosiégate, hija mía; te he dicho que le estudiaré, y observaré sus costumbres. Si estas no corresponden á lo que creo, me presentaré á su padre, y le hablaré con la libertad de un soldado á otro soldado; le manifestaré mi sentimiento de que su hijo no se le parezca, y no se verificará un enlace que pueda hacerte infeliz. Tranquilízate pues, y confía en tu padre. Voy á ver á tu tia, y en seguida á descansar. A Dios, y no te aflijas, pues lo sentiría en gran manera, dándome tu duelo mortal pesadumbre. »

Apenas salió el Conde de la sala entró en ella un criado, y presentó á la heredera un paquete con sobre á la Señorita Emilia, retirándose en seguida. Abriólo esta llorando, y halló en él un retrato, un rizo, una sortija y un billete, cuya lectura no pudo concluir, pues cayó desmayada á los pies de su amiga. Adela la recostó en el sillón, aplicó á su nariz un po-

mito que sacó de un tocador, y haciéndola volver en sí, la estrechó en sus brazos repetidas veces. Alzó luego la carta que se hallaba en el suelo y leyó lo siguiente:

« No es mi ánimo calificar la conducta de vd., porque no tengo derecho para ello; tampoco trato de quejarme, pues esto seria inútil. Al tomar la pluma no me guía otro objeto que el de dar á vd. las gracias por haber jugado conmigo, divirtiéndose en aplicar miel á la punta de un puñal, para clavarlo luego en mi pecho. No sé como las mugeres tienen el corazón; si yo hubiera ofrecido á vd. un amor pasajero é impuro, seria ahora feliz, si cabe felicidad en disfrutar las caricias de una coqueta: he brindado á vd. una pasion pura y eterna, pasion de que se burlan las mugeres, y por eso soy desgraciado, habiéndome condenado al mas hondo sufrimiento.... Envío á vd. las prendas que me habia dado, y le ruego me devuelva las mías, no acordándose jamás de

CARLOS. »

Adela procuró consolar á su amiga, diciéndole que la carta de su amante estaba escrita con hipocresía, y era claro que habia tomado el pretexto de acusarla, á fin de romper unos lazos que por lo visto le pesaban ya.

« No merece tu amor, continuó la jardinera, y debes olvidarle, dando tu mano, si es digno de recibirla, al joven de quien tu padre te ha hablado.

— Imposible, contestó Emilia; jamás me casaré con ninguno que no sea él: le amo con delirio... y él tambien á mí. Alguna equivocacion, tal vez una impostura le ha hecho dar este paso. Yo le desengañaré si viene á mí, hablaré á mi padre, y no insistirá en que se verifique una union que me haria infeliz por toda mi vida.... »

El criado que le entregó la carta fue á interrumpirla, presentando á Adela otra, cuyo contenido era el siguiente:

« Ya decia yo que era extraño que hubiese una muger buena; que era imposible encontrar, aunque se diese vuelta al mundo, una siquiera que borrara la nota de inconstancia y coquetismo que pesa sobre tu sexo engañador y voltario. He navegado mucho tiempo en corso; he hecho muy buenas presas, pero confieso que no he visto un buque tan velero como tú, ni que maniobre tan firme, ni que sepa evitar las corrientes, sosteniéndose en medio de los escollos sin zozobras ni temores. Eres capaz de burlar á una escuadra entera, porque sabes navegar á todos vientos, jugando en la mar así en tiempos de tormenta como en días de serenidad y calma. Haces bien en divertirme con las naves que quieren darte caza; te aconsejo que sigas el mismo derrotero, y por mi parte te dejo marchar libre, saludando con un suspiro tu pabellon, para engolfarme en las olas del olvido. — Esta carta lleva por cargamento tu sortija, tu retrato y tu pelo, que tenia de reserva en mi cámara: rompe mi retrato si quieres, y haz lo que se te antoje de mi pelo. En cuanto á la sortija, puedes quedarte con ella, sin atribuirlo á que trato de hacerte un favor

pues jamás recojo las balas que disparó en los combates amorosos. »

Grandes fueron los comentarios que las dos amigas hicieron sobre esta y la anterior carta, sin poder atinar qué impulso había movido á los dos amantes á escribir las á un mismo tiempo, pues se hallaban en la creencia de que no se conocían, creencia fundada en que Carlos hacia ocho días que había llegado á Cadiz por primera vez, al paso que el marino llevaba dos meses de residencia, habiendo arribado á aquel puerto, procedente de América, donde jamás estuvo el capitán. ¿Por qué pues esa rara coincidencia? ¿se habían visto en alguna parte? ¿Carlos tan reservado, tan prudente, había revelado á un desconocido su amor, y el otro en pago de su confianza hizo lo mismo? Pero aun cuando así fuese; ¿por qué los dos abandonaban repentinamente sus amores? ¿por qué ambos se mostraban resentidos, sin decir en qué fundaban sus quejas, y hablando vagamente de inconstancia y coquetismo?

Todas estas preguntas se hicieron las dos jóvenes, sin que ninguna diese la solución de tan complicado problema, ni acertase á ver claro en un misterio, incomprendible para Emilia que solo había estudiado el mundo en los libros, y con doble razón para la jardinera, criada en el seno de los campos, educada primero por una aldeana, é instruida después por una niña inocente y pura como la naturaleza.

J. MANUEL TENORIO.

POESIA.

El altivo Castellano.

Ama, hermosa labradora,
á tu dichoso vaquero,
que yo nací caballero
y no nací para amar.

Yo cino feudal corona,
y tengo nobles cuarteles,
y caballos, y lebreles,
y castillos que mandar.

Cuando yo paso, los hombres
se descubren la cabeza,
y los ojos la belleza
teme en mi rostro poner.

Y al escuchar el chasquido
de mi espada ó mi escarcela
huye cual tierna gacela
que el chacal quiso cojer.

¿Y por qué temer así?
¿Por qué me visto de acero?
¿Por qué en mi rostro severo
la sonrisa no asomó?

¡Ay! que el peto reluciente
no es para el amor defensa

y el que severo se piensa
tal vez al amor cedió.

Tal vez traspasado el pecho
tengo de mortal herida,
tal vez de ingrata querida
lloro la infame traición.

Por eso voy á la guerra
y la destrucción me agrada,
por eso vibra la espada
mi brazo sin compasión.

Pero si tu me miraras
y me amaras lisongera,
¿quién sabe hermosa vaquera,
el poder de tu mirar?

Tuyos fueran mis blasones,
mis caballos y mi acero....
¡ay! que tienes tu vaquero...
¡no nací yo para amar!

R. M. BOULET.

MISCELANEA.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS MORALES.

El pueblo mas fuerte es el que cuenta con mas hombres robustos, interesados en defender la nacion, animados de su espíritu, y que tienen el sentimiento de su destino. El pueblo mas civilizado es el que cuenta mayor número de hombres inteligentes, interesados en la conservacion y desarrollo de la moral pública. El pueblo mas libre es el que tiene mas ciudadanos que pueden vivir independientes con su trabajo. El pueblo mas rico, en fin, es aquel en que el nivel medio de la comodidad está mas elevado, y se estiende á mayor número de seres.

BURET.

A un hombre de talento, le basta una muger de criterio: son demasiado dos talentos en una casa.

La firmeza hija de los principios, es mucho mayor que la que lo es del temperamento y carácter.

La galanteria entre los dos sexos, es una especie de juego en el cual no son las mas hábiles las personas sensibles: ponen mucho y ganan poco.

Hay menos hombres de lo que se cree, que sepan conducirse y pensar por sí propios. Tal hombre que dirigido en otros tiempos por su director, hubiera sido á lo mas una persona ridícula, extraviado en la revolucion por su dependiente, su vecino ó su compañero, ha sido un malvado.

Cuando viajeis por provincias remotas, y lugares retirados, si notais que os saludan con respeto los jóvenes, si veis cruces alrededor de las aldeas, é imágenes cristianas en las casas, entrad con confianza, entrad allí, y encontráreis hospitalidad.

BONALD.

MADRID.—IMPRESA DE D. F. SUAREZ, PLAZ. DE CEFENQUE, 3.